


La guerra del fin del mundo: una locura de ida y vuelta

Que levanten las manos los ricos [...]
Yo las levanto. Porque soy hijo de Dios,
que me ha dado un alma inmortal,
que puede merecer el cielo, la verdadera riqueza.
Yo las levanto porque el Padre me ha hecho pobre en esta vida
para ser rico en la otra.
¡Que levanten las manos los ricos!
MARIO VARGAS LLOSA

COMPRENDER AL HOMBRE Y SU HISTORIA

ugusto Monterroso relata en “Novelas sobre dictadores” (1991) que en 1968 fue invitado por Vargas Llosa a participar en un proyecto de cuentos sobre dictadores hispanoamericanos. Al principio le pareció muy interesante la idea; él se centraría en Somoza padre, dictador de Nicaragua de 1937 a 1956. Sin embargo, rechazó la propuesta porque su realización exigía un trabajo profundo de investigación sobre la vida de Somoza, su infancia, sus problemas, sus temores; le dio miedo terminar comprendiendo al dictador que con gusto habría mandado fusilar en ese momento.

Comprender perspectivas contrarias y contradictorias, modos con los cuales podemos no estar de acuerdo, es lo que ocurre precisamente al leer *La guerra del fin del mundo*, de Mario Vargas Llosa. La objetividad en la guerra, en esta guerra, es difícil. ¿Cómo decidir quién tiene el derecho —o más derecho que el otro— de asesinar?, ¿cómo no ponernos del lado del que tiene hambre?, ¿o del soldado que sufre y lleva, no por gusto, un fusil al hombro?

Sólo cuando tenemos un vínculo con el mundo que la ficción despliega frente a nosotros comprendemos... un poco. La novela de Vargas Llosa nos introduce en realidades diferentes y nos obliga a la subjetividad, a apropiarnos de distintos puntos de vista; así, cuando leemos acerca del Ejército de la República, sus acciones, sus sufrimientos, sus miedos, lo compartimos y le deseamos suerte; pero, cuando se relata la vida de los yagunzos, su pasado, su frágil presente y su incierto porvenir, también los entendemos y queremos que los dejen vivir en paz. Del mismo modo, al enterarnos de las desgracias del otrora afortunado barón de Cañabrava es muy fácil sentir pena por él, aunque condenemos enérgicamente la violación que comete. Comprender es lo que sucede cuando los personajes tienen un nombre y una historia. Terminamos comprendiendo, pese a nosotros mismos, porque olvidamos la repugnancia que llegan a inspirar las atrocidades cometidas.

CANUDOS

En Canudos convergen dos grupos —dos historias— en donde la locura de un lado es la razón del otro, de ida y vuelta. Antonio Consejero es un personaje mesiánico anclado a su realidad, transforma a quien lo conoce y se convierte en la esperanza de los hombres y mujeres hambrientos: los últimos, los olvidados, los ignorados; ellos son una de las historias. La República, el ejército con sus soldados y generales, quienes tienen como misión recuperar el orden perdido en Canudos, conforman la otra historia. Y entre los dos extremos encontramos un equilibrio no sólo de fuerzas sino de razones, lo que hace que la lucha, además de sangrienta y atroz, sea trágica, puesto que no se trata de “un conflicto de virtudes —una lucha entre buenos y malos— sino [de] un conflicto de valores, en el

que ambas partes tienen la razón” (Fuentes, 1997: 175). Cada grupo lucha por su orden, por su derecho, y está en pugna permanente con el orden y el derecho del otro. La novela rompe el equilibrio maniqueo que coloca a los buenos —siempre buenos— en un extremo y a los eternamente malos en el otro.

Aunque dentro de la obra cada grupo asume una postura que acusa al otro, el efecto que produce en el lector es que el sufrimiento que se padece y la crueldad que se ejerce constituyen un binomio inseparable que se da en ambos bandos, ya que en lo inhumano se manifiesta lo humano y a través de la locura resplandece la razón. O al revés. Entonces comprendemos, en el sentido expresado por Monterroso, a los soldados, quienes obedecen la orden de atacar aunque tengan miedo; al gobierno, que tiene la obligación de restaurar el ‘orden’ destruido por los atropellos de los yagunzos; a los yagunzos esqueléticos y muertos de hambre, que pelean con ferocidad para salvar su pequeña utopía; al Consejero, quien arranca del bandidaje a los asesinos y ofrece una forma de vida a los miserables, aunque sepamos que también apoya y promueve la muerte y la crueldad.

La locura se presenta como una historia de poder, sostiene Enrique González Duro (1994), como la historia de un poder desmesurado: omnipotencia, prepotencia y también una impotencia que los anonada. Y nadie tiene la exclusividad de uno de ellos. Así, vemos que unos, mediante la religión, y otros, valiéndose de los ideales de la República, reclaman y luchan por la justicia, por una justicia que no es de todos y lo hacen a su manera, con sus técnicas y tácticas, pero hermanados en la incommensurable violencia que despliegan unos contra otros, en el odio sin rostro, la ferocidad del ataque contra los vivos y los muertos: la locura. La brutalidad de los dos grupos es equivalente y recíproca, aplican igual bestialidad al enemigo que cae y al que todavía está en pie. Ambos buscan lo mismo: un orden, para unos perdido, para los otros, nunca conquistado. Todo termina con el feroz asalto del Ejército de la República a Belo Monte y con la aniquilación del Consejero y sus seguidores, quienes nunca se rinden, a pesar de encontrarse en un estado tan miserable que convierten el triunfo de la República en una “repugnante y vergonzosa victoria”.

FANATISMOS

La situación que da origen al fanatismo, el cual adquiere la dimensión de locura y aumenta conforme Antonio Consejero avanza por las tierras del nordeste de Brasil, está marcada por la pobreza y la violencia dentro de la que nacen y crecen los yagunzos. Seguir al Consejero no significa salir de la miseria, representa tan solo un intento por no dejarse asfixiar por ella poniendo la mirada en otro lado. Tampoco significa abandonar la violencia, ésta crece y adquiere proporciones insospechadas, sólo que ahora se dirige contra un enemigo claramente identificado, en aras de un fin superior que todo lo justifica. Así es como los yagunzos ven las cosas. Si antes mataban porque eran bandidos, ahora lo hacen por ser casi santos. En Canudos pueden aspirar a cierto alivio y ser perdonados, allí su miseria por poco se convierte en privilegio, pues gracias a ella irán al Paraíso, donde pueden empezar de nuevo sin que el pasado los moleste, porque en el ajuste de cuentas ya no tiene que ver la autoridad republicana, tan solo la divina.

Ahora bien, ese fanatismo religioso se expresa por medio de diferentes vehículos que incluyen conductas extremas llevadas a cabo en nombre de Dios. Tenemos el cuerpo propio, convertido en el medio privilegiado para manifestar esas creencias desmesuradas: los cilicios ajustados a la cintura que, en ocasiones, no se vuelven a quitar, como el caso del Beatito, quien ha llevado el alambre tanto tiempo que llega a estar “herrumbroso y torcido, ya carne de su carne” (Vargas Llosa, 2000: 652);¹ los latigazos propinados diariamente como una manera de iniciar el día —Beatito también es adepto a esta práctica—; los prolongados y extenuantes ayunos, buenos para fortalecer el espíritu en la medida en que debilitan el cuerpo hasta doblarle las piernas. Tal fanatismo se expresa asimismo en la divinización del Consejero, que una vez iniciada adquiere proporciones gigantescas y grotescas: el Padre habla por su boca, él es el mensajero de Jesús. Se organiza una Guardia Católica para protegerlo a imagen y semejanza de “los arcángeles del cielo al Buen Jesús” (p. 206); incluso se llega a fusionar al Uno en el otro —de “alabado sea el buen Jesús” se pasa a

1 Las citas subsecuentes pertenecen a *La guerra del fin del mundo*, por lo que en adelante sólo se mencionará el número de página correspondiente.

“alabado sea el buen Jesús Consejero”—; la gente le pide milagros, llora y le besa pies y manos, mientras el Consejero reparte el “ósculo de los elegidos” (p. 268), imparte bendiciones, profetiza y predica; llegan a la desmesura de comulgar con sus excrementos. Otra expresión del fanatismo son los actos violentos —además de los propios de la guerra— contra aquellos que se niegan a ayudar a los yagunzos, porque este gesto significa no ayudar al Buen Jesús; contra las ‘magdaleñas’ y todas las mujeres que alguna vez sirvieron a los soldados, quienes no sólo fueron expulsadas de Canudos por el Beatito, sino que a una de ellas, embarazada, “le abrieron el vientre a tajos de machete, le arrancaron el feto y pusieron en su lugar un gallo vivo, convencidos de que así prestaban un servicio a su jefe en el otro mundo” (p. 154). Por supuesto, las prédicas del Consejero son también un claro indicio de este fanatismo religioso. Las duras pruebas de la fe, la salvación exclusiva de los pobres, el fin del mundo, el Juicio Final, el Anticristo, los incendios, son los temas alrededor de los cuales giran sus discursos.

El fanatismo tiene que ver, en parte, con la atribución a Dios del resultado de la acción humana, de sus motivos, triunfos y derrotas. Es revestir un proyecto con un carácter sagrado, divinizar lo humano (como la fe ciega en el Consejero y creer que hace milagros). También se relaciona con la adhesión a un motivo en cuyo logro se pasa, frenéticamente, por lo que sea. En *La guerra del fin del mundo* podemos hablar de un fanatismo religioso y de un fanatismo laico o republicano. Y los dos son fuertes, por eso arremeten contra el que se le opone, porque el fanatismo de una orilla estorba al del otro lado. Tanto los yagunzos como los soldados concentran su fuerza en defender la razón que cada uno tiene y esa defensa llega a la más absoluta irracionalidad. La omnipotencia, la prepotencia y la impotencia se manifiestan en ambos grupos en diferentes momentos. En una guerra sin lógica los débiles son capaces

—omnipotentes— de derrotar a los fuertes. Eso es lo que sucede en Canudos. Los diferentes fracasos del ejército en manos de los yagunzos parecen inexplicables, por lo que es tan fácil pensar que Dios está de su lado. Sin embargo, el final se resuelve conforme a las “leyes de la razón”: el fuerte le gana al hambriento, al miserable y esquelético, lo derrota y aniquila.

LOCURAS, BALAS, RAZONES

En el fanatismo, los hombres se reparten entre el Bien y el Mal absolutos. Cada grupo siente que el Bien está de su parte y el Mal del lado opuesto: el Consejero con sus bienaventurados y sus fieles seguidores *versus* el Can, los perros, el Anticristo. O el benemérito Ejército de la casi sagrada República, los hombres que defienden “la más noble de las causas”, es decir, la Patria y la Civilización, contra esos locos asesinos, bárbaros, inciviles, salvajes, que son capaces de llegar a extremos de barbarie como enviar niños y mujeres en misiones de ataque, extremos que son considerados como “un escarnio del arte y la moral de la guerra” (p. 629). El maniqueísmo de unos y otros sólo admite como solución la aniquilación del contrario; la síntesis, el arreglo, la convivencia y la tolerancia se tornan imposibles.

La razón y la locura se distribuyen por igual entre ambos grupos. En el fanatismo de Antonio Consejero y sus seguidores ¿no está la razón de su parte? El que les ofrecía ¿no era el único camino que les permitía vislumbrar un mundo diferente? Canudos fue un proyecto que tenía razón de ser, un proyecto racional y planeado: ahí se distribuían la tierra, el trabajo, la comida, las funciones de sus miembros, el lugar de los vivos y de los muertos, el sitio para orar y aquel para trabajar. La utopía que pretendían era pequeña y modesta, pero se tornó imposible, porque fue recibida por el gobierno con ráfagas de metrallas y con el envío de una tropa tras otra.

La razón estaba de parte del Consejero al espiritualizar “la brutalidad de estas tierras” y al volver “oveja al lobo”; sin embargo, ni siquiera al cambiar la vida de los hombres y mujeres, niños y ancianos, miserables todos ellos, pudo cambiar su destino: al exigir el derecho a la vida, a una vida más digna, apuró la muerte de los yagunzos. Pero la locura también vivía entre ellos, se propagaba como si el reguero de la pólvora de las armas la accionara. Como cuando Pajeú quema Calumbí, la hacienda del barón de Cañabrava, porque “está maldita, se ha pasado al Can”; Calumbí merece descansar, y la destruyen. Pajeú, con su prepotencia, con el abuso del poder que tiene en esos momentos, deja al barón, con todo su dinero, tierra y refinamiento cultural, completamente impotente. O como la ocasión en que el Beatito y las beatas del Coro Sagrado comulgaron con el excremento del Consejero, porque éstos eran “óbolos”, “parte de su alma” (p. 647). O en la forma en que mutilan los cadáveres de sus enemigos, en la ferocidad de sus ataques.

¿Y qué decir del Ejército? Que tanto la razón como la locura lo habitan. Moreira César es un ardiente defensor de la República —el camino a la prosperidad— y de la gloria del Ejército. Tiene un sentido tan estricto de la justicia, que protesta enérgico y lleno de razón por la presencia del raquíptico y hambriento grupo formado por una mujer con sus dos hijos, pero también un fanático sentido del honor de los cuerpos militares, tan sedimentado que ansía “vengar la afrenta hecha al Ejército” (p. 260), la derrota sufrida en manos de un puñado de bandidos muertos de hambre. Su dureza es extrema en todo, en especial al aplicar su ‘pedagogía sangrienta’. Así, en una ocasión mandó degollar a ciento ochenta y cinco personas que habían participado en una revuelta federalista, sin importar que éstos se hubiesen rendido antes. “Quería un escarmiento” (p. 324). Ordena cortar la cabeza a dos yagunzos a pesar de que uno de ellos, muerto de miedo, le pide un tiro: no podía gastar municiones en traidores. A los dos los degüellan después de darles un “piadoso” trago de aguardiente y, claro, quedan “expuestos al pie de la ordenanza” (p. 256). En otra ocasión, ante una señal de Moreira César, un capitán ordena a los cornetas que ejecuten un “toque penetrante y lúgubre”, el “Toque de Carga y Degüello” (p. 229). A falta de municiones se ataca con

“sable, bayoneta y faca”. De esta manera es como anuncia su llegada a Queimadas. Le llaman el Cortapescuezos.

Las balas de los yagunzos le destrozan el vientre al coronel Moreira César. Desde la litera en que se encuentra, más muerto que vivo, sostiene una prepotente discusión con el Coronel Tamarindo, pues el moribundo coronel insiste con fiereza en un nuevo asalto a Canudos, totalmente sordo a las razones del Coronel Tamarindo que se niega a acatar esas órdenes, porque “[l]as bajas son muy grandes” (p. 414); lo más sensato para él es la retirada. Moreira César, con “ojos relampagueantes” y con la “cara lívida”, ordena al periodista miope tomar su última declaración para “levantar acta de esta infamia” y dejar constancia, impotente ahora, de una decisión tomada contra su voluntad. El dolor causado por la derrota y la humillación de haber fracasado frente a esos hambrientos e inciviles, antiguos asesinos, es demasiado grande para un militar del grado de Moreira César. Por eso insiste con tanto fervor en seguir la guerra y se niega a aceptar la impotencia de una institución que, desde su punto de vista, todo lo puede... o debía poder.

El Ejército pretende reintegrar el ‘orden’ en la vida de la muy joven República. Pero se trata de un orden excluyente, que margina a esos hombres y mujeres tan parecidos a la tierra seca de la región brasileña descrita en la novela: desolados, sin esperanza. Sólo cuando los soldados y generales llegan a ver de cerca el horror del hambre comprenden las razones de los yagunzos, como cuando Moreira César ordena que les den de comer a la mujer y a sus dos hijos, raquíticos los tres, y reprueba la situación, con la razón de su parte y con ojos relampagueantes: “¿Ven ustedes en qué estado tienen a la gente de su país?” (p. 232). Pero la guerra es la guerra; se trata del momento de aniquilar al enemigo, no de comprenderlo ni de intentar cambiar su situación, aunque se reconozca su miseria, y por eso debe continuar.

Los dos bandos enfrentados en Canudos son feroces en el ataque. Los yagunzos no perdonan ni a los muertos: castran el cadáver del enemigo como parte de su modo de operar, porque es importante que el enemigo encuentre al soldado asesinado y con el pene en la boca. Pero las cosas no paran ahí, es necesario sacarle los ojos y colgarlo de un árbol. Los soldados, por su parte, no se quedan atrás,

“varios [de ellos] rompen la formación, corren y, con aullidos de entusiasmo, ven asomar [...] a un yagunzo esquelético. Caen sobre él, le hunden sus cuchillos, sus bayonetas. Inmediatamente lo decapitan” (p. 339). De la misma manera, al soldado Queluz le regalan el cuerpo de Pajeú como premio por haberlo atrapado: “Reviéntale los ojos y córtale la lengua. Después, le arrancas la cabeza y la echas por encima de la barricada, para que los bandidos vivos sepan lo que les espera” (p. 674). Los actos cometidos contra los cadáveres son francamente irracionales; no sólo se trata de una ‘pedagogía’, es una forma de humillar al vivo y al muerto, de plasmar el odio que no acaba con la muerte.

De todas estas locuras generales se desprenden algunas personales, presentadas en intensos episodios que hacen trizas la racionalidad de los personajes. Tenemos a Rufino, hombre tranquilo y noble, de pocas palabras, quien posee, a la vez que una actitud humilde, una enérgica determinación fanática y una enorme ferocidad para el ataque; es el marido de Jurema y busca, incansable, a Galileo Gall para matarlo, pues sólo así puede vengar su honra manchada por la violación de su esposa. Por su parte, Galileo Gall, el ideólogo, el defensor de los oprimidos, el que lucha por un orden social diferente, es otro de estos personajes. Una vez hizo el loco juramento de no volver a tocar a una mujer, porque así podría multiplicar la “energía para el combate por la libertad y el aniquilamiento de la opresión” (p. 143), pero después de percibir el olor de Jurema pierde el control y la viola. A la violación sigue la angustia, el momento en que se descubre extraño para sí mismo y se pregunta: “¿cómo he podido?”, se vuelve incomprendible a sus ojos. Sin embargo, el hecho pierde importancia debido a la arremetida de Rufino, y el razonamiento ahora es diferente. ¿Morir por el hueco de una mujer?, cuestiona. ¿Cómo hacerle comprender al rastreador que “el honor de los hombres no está en sus caras ni en el coño de las

mujeres” (p. 379)? Imposible hacer entender al otro que su misión, llegar a Canudos para colaborar con los yagunzos, era infinitamente superior a la “decisión [de Rufino] rectilínea e inconvencible de matarlo” (p. 384). Terminan matándose uno al otro y, con eso, se repite la incompreensión, la locura de ida y vuelta.

Por otro lado, destaca el final del barón de Cañabrava. Él es capaz de mostrar compasión y de razonar con todos, por ejemplo con Pajeú, cuando éste le avisa que va a quemar su hacienda; con Rufino cuando intenta convencerlo de no matar a Jurema y a Gall, diciéndole: “ya conseguirás otra mujer que te sea fiel” (p. 252); con Moreira César, cuando, con cólera contenida, discute sus ideas e ideales políticos; con Galileo Gall al reconocer el valor y sufrimiento de los yagunzos, de esos mismos que en unas horas quemarán Calumbí. Se trata de un hombre culto, mesurado, poderoso —por supuesto, parte del poder lo usa en manejos políticos convenientes— y compasivo, pero es también impotente ante el adversario político (Moreira César), social (los yagunzos), ideológico (Galileo Gall); pero, sobre todo, es impotente ante el deseo que le despierta Sebastiana, la mucama inseparable de su esposa Estela. La medida, la altura, la compasión, el refinamiento y dominio de sí, todo ello es inservible en el momento en que viola a Sebastiana. El barón afirma y repite que el acto cometido es por amor a su esposa, subrayando de este modo lo grotesco y extraño de la violación, la cual, por si fuera poco, se lleva a cabo frente a Estela, mientras ésta acaricia consoladora la cara de su impotente sirvienta. Parece difícil creer que este personaje sea el mismo que siente la cara inflamada mientras el periodista miope le cuenta cómo los yagunzos “montaban a sus mujeres”, porque “nunca había tolerado ciertos temas, tan frecuentes entre hombres solos, ni siquiera con sus más íntimos amigos” (p. 643); el mismo que antes, frente al aviso de Pajeú, se había estremecido, porque “era como si el mundo hubiera perdido la razón y sólo

creencias ciegas, irracionales, gobernarán la vida” (p. 322). ¡Vaya que tenía razón!, porque la violación de mujeres —tan común en la novela— parece ser una ciega creencia, la ‘razón’ que se adjudican los hombres ricos y pobres contra mujeres ricas y pobres con nombre y sin nombre. Es casi como un derecho de pernada, sólo que el de aquí iguala a todos, porque lo ejerce tanto el asesino feroz y el inculto soldado como el intelectual idealista y el noble aristócrata.

Todos se cruzan dentro de una guerra o a raíz de ella, de una guerra que acaba pero que nadie gana y en la que la razón de cada uno se superpone a la del otro: la de Gall a la de Rufino y viceversa; la del ejército o el gobierno a la del Consejero y los yagunzos, y la de éstos a la de la República; la de un general a la de otro; el bienestar de los ricos terratenientes a la vida de hambre de los pobres y la seguridad de éstos a la de aquéllos. Y en esta superposición de razones, todos llegan a la locura. Podríamos muy bien pensar que la novela de Vargas Llosa es otro caso de ficción acerca de nuestra “realidad sin maravilla”,² acerca de esos papeles inauditos, insólitos, de los cuales habla Paul Ricoeur (2004), que con tanta frecuencia encontramos, irrefutables y escandalosos, en los archivos de la historia.

REFERENCIAS

- Campra, Rosalba (1987), *América Latina: la identidad y la máscara*, México, Siglo XXI.
- Fuentes, Carlos (1997), *Valiente mundo nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, México, FCE.
- González Duro, Enrique (1994), *Historia de la locura en España. Siglos XIII a XVII*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, tomo 1.
- Monterroso, Augusto (1991), “Novelas sobre dictadores”, en Norma Klahn y Wilfrido H. Corral (comps.), *Los novelistas como críticos*, México, FCE.
- Ricoeur, Paul (2004), *La memoria, la historia, el olvido*, México, FCE.
- Vargas Llosa, Mario (2000), *La guerra del fin del mundo*, México, Alfaguara.

GEORGINA SALMAN ROCHA. Maestra en Letras Modernas y doctora en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana. Actualmente es profesora en la Facultad de Humanidades de la Universidad Anáhuac, y lo fue también en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, campus Santa Fe. Ha participado en congresos en la Universidad Autónoma del Estado de México y en la Universidad de Texas en el Paso.

2 El término es de Rosalba Campra (1987).